

PEQUEÑAS BIOGRAFÍAS

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, NUESTRA GRAN POETISA

Por SALVADOR BUENO

NO es necesario ya discutir la nacionalidad literaria de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Nació en Cuba, aquí se educó y vivió hasta los veintidós años; cuando era famosa en Madrid y se le halagaba y honraba por sus triunfos literarios, declaró varias veces que se sentía cubana y que debía ser incluida como tal entre los poetas de una antología insular. Por algo, pues, adoptó como seudónimo en España el de *La Peregrina*. Pero, de todos modos, considerándola cubana o española, es bien cierto que destacó de modo notable el nombre de su tierra natal y sus obras son de nivel excepcional, al extremo de poder estimarla como la primera escritora de su siglo.

Nació en la vieja Puerto Príncipe (Camagüey) el 23 de marzo de 1814, hija de un capitán de navío español y de una dama de antigua familia camagüeyana. Fué niña precoz que escribía cuentos a temprana edad, declamaba versos e improvisaba representaciones dramáticas. Cuando quedó huérfana de padre, su madre casó en segundas nupcias con el teniente coronel Gaspar de Escalada. No fueron afectuosas sus relaciones con el padrastro. Era la niña de temperamento fogoso y vivo. Un amor adolescente le hizo conocer pronto tristezas y desengaños. Por algo el viaje a España, su salida de Cuba, a pesar del dolor de la partida, era para ella una llamada a más amplios horizontes. Este viaje, acompañada de su madre, suscitaba aquel soneto célebre donde vierte su amor cubano:

*¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me
impela
tu dulce nombre halagará mi oído!*

Llegaron a tierras europeas por el puerto de Burdeos. Viajan entonces por distintas ciudades españolas: Coruña, Santiago de Compostela y Pontevedra. Llega

hasta Lisboa. Durante su estancia en Cádiz publica sus primeros versos bajo el seudónimo *La Peregrina*. Conoce a dos notables críticos españoles, Manuel Cañete y Alberto Lista, quienes alaban sus dotes poéticas. En 1840 se instala en Madrid, entabla relaciones con los principales literatos españoles y al año siguiente publica el primer tomo de sus poesías que obtiene general aplauso.

De ese modo comienza el brillante ascenso de su carrera literaria. En 1845 el Liceo de Madrid celebró un certamen; el segundo premio lo ganó la poetisa, el primero correspondía a un seudónimo, *Felipe Escalada*, nombre adoptado por la cubana para concurrir al concurso, por lo que ganó los dos primeros premios.

En 1844 había dado a la escena el drama *Munio Alfonso*, y más tarde, *El Príncipe de Viana*. Triunfos como poetisa y como autora dramática que la llevarían a ser propuesta para ocupar un sillón en la Real Academia Española, pero su condición de mujer le cerró este camino. Era popular la frase aplicada a ella, "Es mucho hombre esta mujer", pero los prejuicios antife-miniles le impedían ocupar tan alto sitio.

Mucho se ha hablado de los amores de la Avellaneda. En Sevilla había conocido a Ignacio de Cepeda, con quien tuvo amores tormentosos, ya que el ánimo apasionado de doña Tula chocaba con la frialdad y cálculo de este hombre. Hoy podemos leer sus cartas a Cepeda, de las mejores de nuestro idioma, y leemos también algunas composiciones poéticas, *A El* y *Amor y Orgullo*, que permiten conocer la ardiente pasión de esta mujer. Conoció después a Gabriel García Tassara, poeta y dramaturgo, de cuyos vínculos nació una

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

niña que murió a edad temprana. De estos amores fracasados salió la Avellaneda desilusionada y pesimista. Vivió retirada un tiempo en el Convento de Loreto y en Santander, buscando paz para su ánimo perturbado. En 1846 había casado con Pedro Sabater, matrimonio que duró poco tiempo, ya que él murió pocos meses después en París. A su esposo le había escrito estos versos:

Yo como vos para admirar nacida
Yo como vos para el amor creada,
Por admirar y amar diera mi vida,
Para admirar y amar no encuentro nada.

¿Cómo era doña Tula? El cri-

tico cubano Figarola Caneda la describe del siguiente modo: "La Avellaneda era alta de cuerpo, esbelta y bien conformada, de una complexión que los cubanos llamamos trigueño lavado, es decir, de un moreno claro con visos rosados; su tez suave y tersa, el cabello oscuro, largo y abundoso, los ojos negros, grandes y rasgados, y sus demás facciones regulares y expresivas, su voz era dulce y melodiosa, leía con mucho despejo, entonación y sentimiento, y estaba dotada de aquella mezcla de ternura y vehemencia de carácter propio de los espíritus nobles, elevados y generosos".

En todos los géneros literarios parecía que la Avellaneda podía alcanzar fama y gloria. Había publicado novelas como *Sab*, que trata de los amores de un joven esclavo, como *Espatolino* y algunas más. Dentro del teatro, al triunfo de *Murio Alfonso* siguió la presentación de *Egilona*, *Saúl* y por último *Baltasar*, una de sus obras más notables. Entre las comedias anotemos *Errores del Corazón* estrenada en 1852, y *La Hija de las Flores*. Entre las leyendas, *El aura blanca*, sobre la vida del famoso Padre Valencia, benefactor de Camagüey, *La ondina del lago azul* y *El cacique de Turmequé*. Y a todo esto tendríamos que sumar muchos artículos, cartas, prólogos y sus *Memorias*.

Nueve años duró la viudedad de doña Gertrudis. En 1855 casó en segundas nupcias con el coronel Domingo Verdugo, diputado a Cortes. Los Reyes españoles fueron padrinos de la boda. Parecía que la ilustre poetisa hallaría reposo y felicidad. No había transcurrido mucho tiempo cuando el coronel Verdugo fué obje-

to de un atentado. Salvado milagrosamente, su convalecencia fué larga. Viajaron por toda España, hasta que en 1859, al ser nombrado el general Serrano Capitán General de la Isla de Cuba, vino el matrimonio en su séquito.

Fueron muchos los halagos que recibió en su país la Avellaneda. El Liceo de La Habana le ofreció un formidable homenaje en el Teatro Tacón y doña Luisa Pérez de Zambrana le colocó en las sienes una corona de laurel. Sin embargo, los jóvenes escritores, con sentimientos separatistas, como afirma Enrique Piñeyro, se mantuvieron apartados de este homenaje, aunque no se opusieron a él. En Cuba colaboró en distintos periódicos, fundó la revista *Album Cubano de lo Bello y de lo Bueno* y publicó su novela *El Artista Barquero*. También visitó varias ciudades de la Isla y en todas fué aclamada convenientemente. Poco tiempo más tarde recibía noticias de la muerte de su madre en Madrid, y en 1863 moría su esposo a consecuencia de las heridas recibidas en el atentado.

Volvió la poetisa a España, hacia donde partió el 28 de octubre de 1863. Estuvo durante dos meses en Nueva York, pasó por las cataratas del Niágara, recordando a José María Heredia. Visitó a Londres y a París. Por breve tiempo residió en Madrid, pero se marchó a Sevilla, en busca acaso de clima más benigno. Se dedicó allí a obras de caridad, revisó sus trabajos literarios, se inclinaba cada vez más a una devoción mística, recogida y humilde. Triste, abandonada, murió en febrero de 1873. Allí donde había sido tan aclamada por sus triunfos dramáticos y por sus poesías, su fallecimiento pasó casi inadvertido. "No éramos más de seis escritores en el cortejo" se publicaba al día siguiente en *El Eco de Ambos Mundos*.

Fuó Gertrudis Gómez de Avellaneda eminente escritora, de las primeras poetisas de habla española y, con toda seguridad, la primera de las autoras dramáticas en nuestra lengua. Su producción literaria, cuidadosa y muy de acuerdo con sus modelos clásicos, se llena de aliento romántico, de ímpetu sentimental, apasionado y melancólico. Cuando en la actualidad leemos sus cartas, sus magníficas cartas donde queda transparentado su temperamento y carácter, sentimos el valor inestimable que como mujer y como poetisa tuvo esta camagüeyana que con su verso y con su garbo conquistó los círculos sociales y literarios de España. Por todo eso la recordamos y Cuba debe honrarla debidamente.

(Vea en el próximo número la biografía de Cicerón, el Orador).

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Carteles, ab 5/53